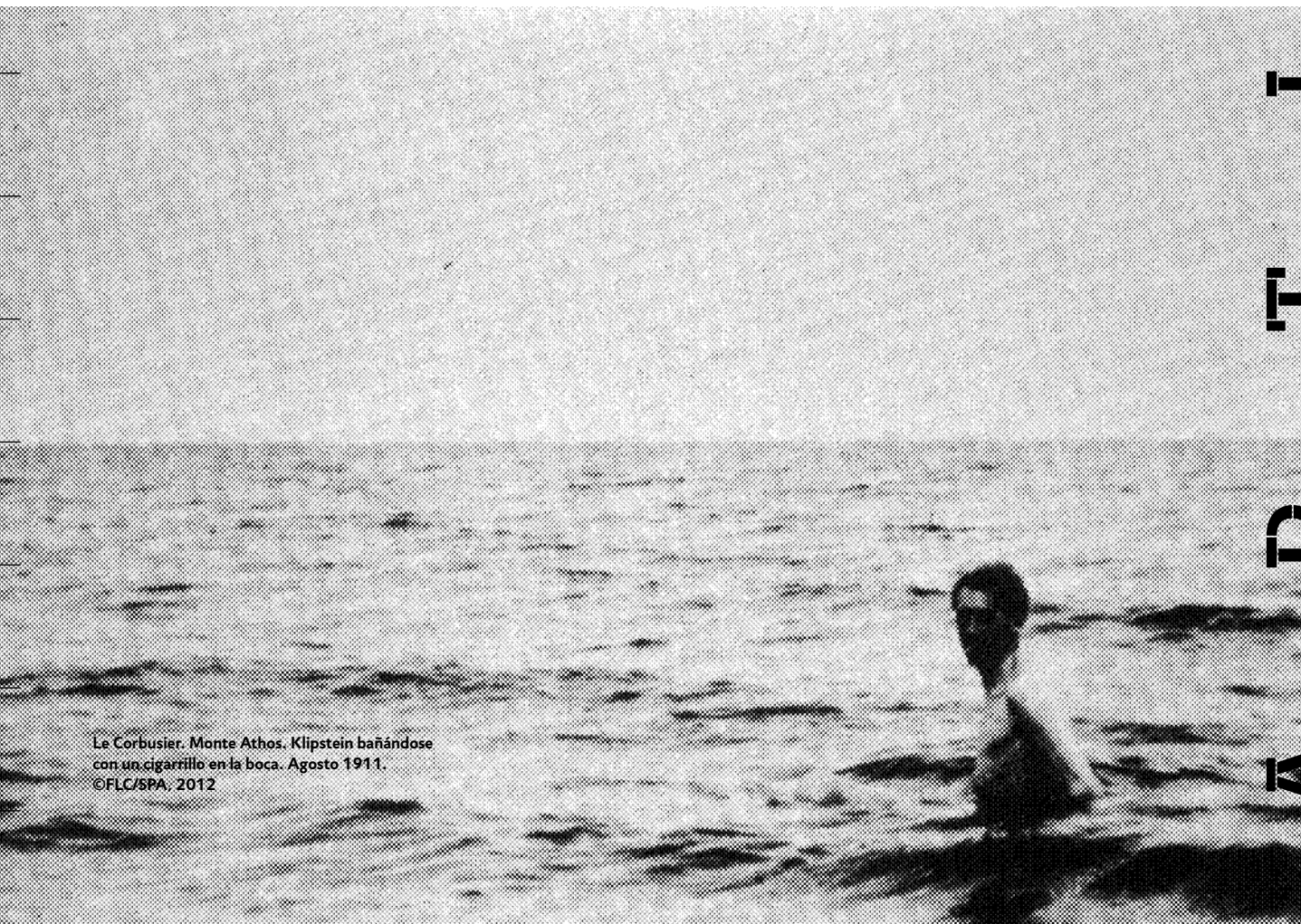


Luis Mansilla

Un doble del mundo



Le Corbusier. Monte Athos. Klipstein bañándose
con un cigarrillo en la boca. Agosto 1911.
©FLC/SPA, 2012

Escribir es, de alguna forma, mentir. Ocultar, al menos. Magnificar lo pequeño, hacer minúsculo lo valioso. Hay palabras misteriosas en Le Corbusier; como aquel final de su diario del Viaje a Oriente, fechado en Pompeya. La versión publicada por Le Corbusier en 1965 decía:

“Te sacude por entero porque el aislamiento es completo...Eso ocurre sobre la Acrópolis, sobre los peldaños del Partenón. Se ven realidades de otros tiempos y más allá el mar. Tengo veinte años y no puedo responder...”

(Jeanneret, 1984, p.188)

Sin embargo, el diario original, escrito en 1911, contenía un final más extenso, y acababa dos días más tarde. Desde Nápoles, afloran los sentimientos de un viaje que llega a su fin...

“Te sacude por entero porque el aislamiento es completo...Como sobre la Acrópolis, sobre los peldaños del Partenón, como en Pompeya, a lo largo de sus calles. Allí se ven realidades de otros tiempos y aquel terrible cráter en alto, lleno de misterio.

Pompeya, 8 de Octubre de 1911.

He terminado. ¿Porqué me he metido en este trabajo infructuoso? Quería comprometerme, obligarme a ir hasta el final. Pensé que habría sido hermoso tener recuerdos de un viaje como éste. Pero son palabras muertas. Las bellezas vistas desaparecerán siempre en mi pluma como asesinatos reiterados. Todo esto me ha atormentado, me ha procurado horas aburridas, horas insoportables de tedio y tristeza. Me ha privado de la serenidad que buscaba, cuando sobre los mares azules, calmos como espejos, me acercaba sin saberlo bajo una luz inefable o bajo la luna. En aquellas horas de oro, de marfil, de cristal, ha habido impurezas, screziature, manchas por culpa de estas notas que he querido escribir.

No conozco mi lengua, ni la he estudiado nunca...

Oigo todavía el plonplon de cuartetos que conozco. Y este rumor de casona, llevado por el viento, me recuerda los atardeceres dominicales de aburrimiento, cuando a lo lejos se escucha una banda de La Chaux de Fonds: Oh Breugel!

Terminado de escribir en Nápoles el 10 de Octubre de 1911”

(Gresleri, 1985, p.322)

Entre medias ha desaparecido la referencia a Pompeya: pero también ha desaparecido la confesión de la angustia que brota al transcribir lo que uno ve, la impureza que supone fijar la vida en una hoja de papel; el empequeñecerse de la naturaleza cuando queremos encerrarla en esa misteriosa habitación del cerebro:

“Las bellezas desaparecerán en mi pluma como asesinatos reiterados...”

En ese momento, Le Corbusier ha perdido la fe en el dibujo, la fe en la escritura. No piensa sino lo que todos pensamos: lo que hacemos



1. Pieter Bruegel. La Primavera.
Kunsthistorisches Museum. Viena.

nuestro, se aleja... Le Corbusier necesita alejarse del mundo para que su presencia no pierda hermosura; necesita abrazarla con la distancia de la técnica y la ciencia, y construir un marco que la haga visible, presente. Una oscilación constante que le acompañará toda la vida, un ir y venir entre una vida enmarcada en la medida y el orden, y el temor de no ser capaz de atrapar la naturaleza y exhibirla en sí misma. Cincuenta años más tarde, en el momento de publicar su diario añadirá, poco antes de morir, como si el tiempo no hubiera pasado: "...tengo veinte años y no puedo responder." Es una mirada primitiva, dilatando lo personal para acercarlo hacia lo universal, pero también, inevitablemente, empequeñecimiento y dolor, al rozar con la dureza de los objetos, con la propia piel. Por eso no es tan misteriosa esa forma de acabar el diario de viaje, cuando siente que no puede atrapar el mundo.

1. ¡Oh, Breugel!

¿Oh, Breugel? ¿Brueghel el cartógrafo, el pintor del Paisaje con Vuelo de Icaro? no se escribe así, me parece. Aunque en su carnet 2 primero escribe *les Breughel*, y luego lo tacha para corregir *Brueghel*, le *Vieux* (1525, 1569), poniendo la u en su sitio. En el *Voyage a Orient*, bajo el epígrafe *Vienna*, Le Corbusier explica: "...quizás nos viene del cielo la inspiración que nos conduce, a través de los vestíbulos y los corredores pomposamente repugnantes de la Galería Imperial, a ese gran rústico, ese poderoso pintor, ese apasionado de la vida, ese extravagante imaginativo, ese estilista grandioso, y ese impresionista sorprendente, nacido trescientos años antes que Coubert, hacia ese viejo Pieter Breughel que canta con toda su alma en las Estaciones y en la Kermesse la alegría de vivir, su admiración y su amor por esta buena Tierra donde se encuentra a gusto, que le da fuerza y alegría porque está llena de belleza, y de salud. Eso es lo que retendremos de la Viena de la pintura..."

Podemos imaginar a Le Corbusier delante de la Torre de Babel; seguramente siente esa mezcla de impotencia y necesidad que implica la vocación de Universalidad sobre la que tanto insistirá más adelante, sobre la capacidad de la lengua para enfocar el mundo; como él no habla de ese cuadro, tampoco nosotros debemos hacerlo. Habla de las *Estaciones*. Pero es el mismo objeto, porque al combinar el tema tradicional de las estaciones con las extensas vistas cartográficas de la Tierra, Brueghel está trabando espacio y tiempo, en una visión totalizadora, con vocación de Universalidad. Son dos extremos, la medida (el orden abstracto y universal) y la fascinación por la vida cotidiana (lo concreto e instantáneo) que van a dibujar el territorio propio de Le Corbusier. La cartografía trata de domeñar lo indefinido, imponiéndole una trama, un Doble, que trata de explicar como se debe leer el Mundo. El cuerpo es un instrumento de medición, no sólo el lugar de las metáforas; exterioriza lo invisible y lo acerca a los demás, disfrazándolo para habitar lo común.

Le Corbusier se siente fascinado por esas vistas cartográficas que representan un afán de medir el mundo, como si la observación